

dos sznapans condujeron al rey á un reducido granero situado encima de la sala comun, le presentaron una bota de paja que allí habia casualmente, y le indujeron á que descansase mientras que uno de ellos estaria de centinela abajo, y el otro saldria á buscar al general, por quien el rey no dejaba de preguntar.

Habia dos noches que el rey no habia pegado los ojos, y trató de dormir; pero sus botas llenas de agua y fango, aquella separacion, aquel designio marcado por sus conductores de separarse del camino que se habia convenido seguir, los peligros que corria en aquella cabaña, adonde, segun decian los aldeanos, iban los moscovitas veinte veces cada dia; en fin, todas las ideas funestas que se presentan á la imaginacion de un hombre en semejante situacion, ahuyentaron el sueño de sus ojos.

No pudiendo el rey dormir, se levantó y asomó la cabeza á la claraboya de su granero, y vió á un oficial ruso que se paseaba por la pradera á cien pasos de la cabaña, y á dos soldados rusos que hacian pastar á sus caballos.

Estos tres hombres apartados del campo le parecieron al rey otros tantos centinelas apostados allí para espiarle, entretanto sin duda que se habia mandado á buscar un refuerzo, y esta idea se confirmó en la cabeza del pobre príncipe, cuando vió á una docena de cosacos, que corriendo á todo escape por medio de los campos, se dirigian en derechura á la cabaña; esta mutacion en el país, hasta entonces bastante tranquilo, hizo que se apartase el rey de su ventana y se recostó sobre la bota de paja, esperando lo que pudiese ocurrir.

Al cabo de cinco minutos ocupaban los cosacos la pieza baja de la cabaña.

Un instante despues, el rey oyó crujir la escalera de su granero, y esperaba que se presentase alguna cosa barbuda y amenazadora; mas al contrario, en la persona que venia á visitarle reconoció á su huésped, á quien enviaban los dos sznapans para advertirle que no bajase, en lo cual el rey estaba muy distante de pensar.

No corrian ciertamente los cosacos tras de él, únicamente iban allí para almorzar.

La mansion en la cabaña duró una hora, pero aunque el rey se desembarazó de los cosacos, no pudo desprenderse de su huésped, cuya curiosidad se habia aumentado por el cuidado con que el viajero se ocultaba y por la comision que acababa de desempeñar cerca de él, y ella queria saber quién era el gran personaje que temia tanto á los cosacos, y que ella tenia el honor de albergar en su casa.

Mucho trabajo le costó á Estanislao el salir de aquel aprieto, y tuvo que inventar una novela que su huésped creyó ó aparentó creer.

Al caer el dia, fastidiado el rey de la reclusion en que estaba, bajó para informarse de sus conductores, quienes le contestaron que el general Steinflicht estaba solamente á un cuarto de legua de allí, y que se proponia reunirse con el rey durante la noche, en un punto del Vístula en que habian convenido, y donde estaria un barco dispuesto para pasarlos, pero dudaban que se pudiese conseguir en razon á la fuerza con que soplabá el viento, y ser el barco tan pequeño para atravesar un rio tan grande.

No podia el rey desconfiar ya del honor de aquellos hombres, que habiendo pasado el dia en medio de los rusos, habrian podido entregarle si tal intencion hubieran tenido, pero temia su ignorancia. Habiendo oscu-

recido se puso en camino, tranquilo sobre el primer punto, pero muy inquieto acerca del segundo.

A un cuarto de legua de la cabaña, en donde se había pasado el día, fué necesario dejar la lancha, porque hasta allí llegaba nada mas la inundacion. Entonces empezaron á caminar á pié por un terreno fangoso, en que á cada instante se clavaba uno de los tres viajeros hasta los muslos, y necesitaba el auxilio de sus dos compañeros para no meterse hasta el pescuezo.

En fin, al cabo de cuatro ó cinco horas, se conoció que se había llegado á la calzada del Vístula. Uno de los sznapans rogó entonces al rey que se quedase con su camarada mientras que él iba á ver si el barco estaba en su sitio.

Un cuarto de hora despues volvió diciendo que el barco no estaba ya allí, y que sin duda se lo habían llevado los moscovitas.

Fué necesario volver á entrar en la laguna y buscar un asilo en que pasar la noche; divisaron una casa y se encaminaron á ella.

Pero no bien hubieron pasado el umbral, cuando volviendo la cara el dueño de la casa, exclamó mostrando al rey:

— ¡Oh Dios mio! ¿quién es este hombre?

— ¡Pardiez! dijo uno de los sznapans, este hombre es un compañero nuestro.

— Este hombre, dijo el aldeano, descubriéndose la cabeza, é inclinándose, ¿es el rey Estanislao?

No habia que vacilar.

— Sí, amigo mio, dijo el rey alargándole la mano; sí, el rey Estanislao fugitivo que se confia á vos, y que viene á pedir os un asilo en vuestra casa, y los medios de llegar á la otra orilla del Vístula.

Esta franca manifestacion produjo el mejor resultado;

envanecido el aldeano con esta confianza, no concibió mas deseo que el de merecerla; prometió al rey que le haria pasar el Vístula, y en el mismo momento empezó á dar pasos para cumplir su promesa.

Mientras que el buen hombre estaba ocupado en buscar un barco y pasaje, divisó el rey al jefe de sus conductores, de quien estaba separado hacia treinta y seis horas, y que volvió corriendo hácia la casa.

Él lo recibió á la puerta, y sus primeras palabras fueron para preguntarle por el general Steinflicht.

Entonces le refirió el jefe que la víspera, mientras que él esperaba con el general y el mercader quebrado al rey en el sitio acordado, ellos habían visto correr hácia ellos una partida de cosacos; entonces cada cual huyó por su lado, y cuando él volvió la cabeza, no vió ya ni al general ni al mercader, y que ignoraba cuál había sido su paradero.

Como todas las reconvenções que el rey hubiera podido hacerle eran absolutamente inútiles, adoptó el partido de callar.

A eso de las cinco de la tarde vió volver á su huésped, quien le anunció que había encontrado un barco en casa de un pescador, donde estaban alojados los moscovitas; pero que su opinion era esperar muchos dias antes de intentar el pasaje, á causa del gran número de cosacos que estaban esparcidos por aquellas inmediaciones, los unos para forrajear los caballos, y los otros para seguir las huellas al rey, cuya huida empezaba á susurrarse.

El rey celebró consejo con su gente y el aldeano, y se decidió que pasase en la casa en que se encontraba aquella noche y el día siguiente, que fueron ciertamente interminables.

El día siguiente á eso de las cinco empezaron las

incertidumbres. El rey comprendió entonces que era necesario llamar á su socorro un poderoso auxiliar; mandó que subiesen una botella de aguardiente y convidó á los sznapans y al aldeano para que bebiesen á su salud.

Al fin de la botella ya habia el contenido producido su efecto, y se hallaban dispuestos aquellos hombres á pasar por él, aunque hubiera sido hasta el infierno.

El rey se aprovechó de aquellas disposiciones que se aumentaron aun con la buena noticia de que los soldados rusos no estaban ya en casa del barquero, y que una lancha esperaba al viajero en la orilla del rio.

El rey y su huésped montaron á caballo; el aldeano iba unos cincuenta pasos mas adelante, y los otros tres hombres seguian á pié á retaguardia, atravesando continuamente profundos barrizales en que el caballo del rey se caía ó se metia hasta la barriga. Por todas partes se veian las fogatas de varios campos volantes sembrados por aquellas llanuras; pero la claridad de aquellos fuegos, limitada á cierto círculo, tenia la doble ventaja de mostrar al rey los enemigos, y manifestarle la línea de tinieblas que debia seguir para que no le descubriesen.

El huésped del rey que iba haciendo la descubierta, se detuvo de repente, y volvió atrás para decir al rey que temia que estuviese ocupado el punto que él creia libre, y que por lo tanto tuviese á bien esperar en aquel mismo sitio en que se hallaba.

Detúvose en efecto el rey: el aldeano marchó delante, y al cabo de un cuarto de hora volvió á decir que el paso estaba en efecto guardado, que él habia perdido los caballos en el pasto y que los buscaba sin poderlos encontrar.

La consternacion se apoderó de la pequeña cuadri-

lla, que decidió inmediatamente que era necesario volver atrás, á lo cual se opuso el rey con todas sus fuerzas, y viendo el aldeano cuánto repugnaba á su ilustre compañero retroceder, se ofreció á hacer una nueva tentativa para ver si hallaria otro paso; mas el jefe y los dos sznapans, en cuyas cabezas se habian disipado los vapores del aguardiente, no querian entender ni una palabra. El rey se vió obligado á dejarles en libertad de retirarse solos si les acomodaba. Entonces se echaron por tierra, gimiendo como unas mujeres, diciendo que se les hacia marchar á una muerte segura.

Mientras que pasaba esto volvió el aldeano con la noticia de haber descubierto un paso libre.

Volvióse el rey á poner en camino, y en efecto, al cabo de media hora llegó á la calzada sin haber tenido el menor tropiezo. Sobre esta calzada se vió, ó mas bien se oyó, rodar un carro moscovita. El rey se echó á un lado con su gente, y el conductor del carro pasó sin ver á nadie.

A cien pasos de allí dejaron los caballos para andar todavía un cuarto de legua á pié: hecho este cuarto de legua se ocultaron entre los arbustos, mientras que el aldeano salió nuevamente á hacer la descubierta.

Al cabo de un instante se oyó el ruido de los remos. Era el barquero que venia á buscar al rey á orillas del rio donde los fugitivos se embarcaron.

Estando ya cerca de la opuesta orilla, llamó aparte el rey á su huésped, y sacando de su bolsillo un puñado de aquellos ducados que tanto le incomodaban, y de que felizmente no quiso Steinlicht encargarse enteramente, lo puso en la mano del buen hombre, el cual meneando la cabeza, empezó por negarse á recibir la menor retribucion, y acabó al fin, en vista de las reiteradas instancias del rey, por tomar respetuosamente

dos ducados en la augusta mano que el rey le alargaba. Esto fué todo lo que se allanó á recibir.

Una vez puesto el rey al otro lado del Vístula, ya no necesitaba el rey de él. Así, despues de haber dejado al rey en tierra, y despues de haber besado respetuosamente la faldilla de su grosero sayo, volvió á pasar el rio con el barquero.

A cien pasos del Vístula se veia una poblacion grande, adonde el rey llegó al amanecer.

El jefe y los dos sznapans, creyendo que allí ya no tenian nada que temer, se echaron en una cama de pluma, en que se enterraron, y de que no hubo forma de sacarlos.

Bien conoció entonces el rey que no podia contar mas que consigo mismo para hallar un nuevo medio de transporte. Despertó á un aldeano, y tantos esfuerzos hizo que aquel hombre convino en que iria á buscar un carruaje cualquiera sin reparar en el precio.

Mas el rey cometió la falta de pagar adelantado al mensajero, de modo que cuando regresó, estaba borracho como un cuero.

Habia, sin embargo, conservado, á pesar de su embriaguez, la suficiente inteligencia para desempeñar bien ó mal su comision. Ello es que le acompañaba un hombre que convenia en alquilarle un carro cargado de géneros, pero con la condicion de que se depositaria su importe.

El rey se comprometió á comprarlos. El ajuste se hizo en veinte y cinco ducados, y el rey se encontró poseedor de un surtido de lienzo de Sajonia.

Entretanto el ajuste hecho de priesa en medio de la calle, á la vista de cuantos pasaban, habia reunido algunas personas. Tratábase, pues, de marcharse sin pérdida de momento, cuando uno de los sznapans viendo

sin duda la facilidad con que el rey se desprendia de su dinero, salió de la casa en que acababa de descansar una ó dos horas y empezó á ponderar en alta voz los servicios que él y sus compañeros habian prestado al rey y á pedir su precio, que debia, segun su opinion, ser tanto mas alto y tanto menos regateado por el rey cuanto mas en riesgo habian puesto su libertad y su vida; en consecuencia él pretendia que incontinenti se le pagase la recompensa de todo.

La situacion se iba haciendo algo espinosa, la muchedumbre, como sucede siempre, parecia dispuesta á ponerse de parte del reclamante: cuando con gran sorpresa del rey, salió el jefe de la casa, reprendió al hombre por su embriaguez, y volviéndose hácia la gente:

— No merece crédito ni una palabra de cuanto dice ese pillo, dijo él: cuando está borracho le da la embriaguez por tomar á sus compañeros por grandes señores y pedirles la recompensa de servicios que no ha prestado.

En seguida, agarrándole por un brazo, le hizo entrar en la casa en medio de la burla de las gentes.

No habia que perder tiempo, el rey envió al embajador el sznapan que estaba en su juicio, y mandó al que no lo estaba que subiese en el carruaje, se puso junto á él y encargó al jefe el cuidado del caballo y del carruaje.

Salieron del lugar sin preguntar por ningun camino, porque no se queria que en caso de ser perseguidos quedase rastro del camino que llevaba el rey. Este se orientó por conjeturas, y como se trataba en el momento de pasar el Nogat, el rey trató de pasar la punta en que se separa del Vístula, dejando á la izquierda á Mariemburgo, donde habia guarnicion enemiga.

La pequeña caravana atravesó muchos lugares habitados por sajones ó moscovitas, sin que los unos ni los otros se opusiesen á su paso; y á eso de las ocho de la noche llegaron á orillas de un río.

Cerca de este río habia una taberna, y algunos pasos mas allá una lancha vieja abierta por todas partes; los que acompañaban al rey exclamaron entonces que estaban á orillas del Nogat, y que la Providencia misma les enviaba aquella barca para atravesarle.

Ya estaban botando la lancha al agua, cuando el rey preguntó á un aldeano qué río era aquel á cuya orilla estaba.

Este río era el Vistula; el Nogat estaba legua y media mas allá.

Si el rey no se hubiera informado se habria vuelto á encontrar en la otra orilla de un río que tanto trabajo le habia costado pasar.

Difícil era seguir mas adelante en aquel país con el carruaje, porque los caballos estaban estropeados con la marcha forzada que habian hecho. El rey entró en la taberna, se dió por un cortador de Mariemburgo que deseaba pasar el Nogat para ir mas adelante á comprar ganado y preguntó si seria posible proporcionarse un barco.

El huésped, meneando la cabeza, contestó que segun tenia entendido los rusos se habian llevado todos los barcos, aun los mas pequeños, á Mariemburgo, á causa de las partidas polonesas que recorrian los campos al otro lado.

Este era aun un obstáculo que se presentaba en el momento en que se tocaba la salvacion.

El rey pasó la noche en una granja, noche de insomnio como todas las que habian trascurrido desde su salida de Dantzick; una sola noche habia descansado, y

fué la que pasó en casa del buen aldeano que le habia conocido.

Al amanecer subió el rey á su carro y se puso en camino siguiendo la calzada, por unos caminos intransitables. Al cabo de dos horas de marcha encontraron un lugar. Apeóse el rey, entró en una casa, y se presentó, como el dia antes, en el concepto de un tratante en carnes de Mariemburgo, que iba á comprar ganado de la parte de allá del Nogat.

— Venís á muy buen tiempo, le dijo la huéspeda, y os ahorrais pasar el río. Yo tengo ganado de venta, y como soy de buenos tratos, estoy segura de que nos entenderemos fácilmente.

— No es posible lo que me proponéis, contestó el rey, porque yo debo echar mis compras con el dinero que me deben del lado de allá del río; una vez que yo haya cobrado el dinero, no digo que no haremos negocio, pero lo que me interesa mas ahora, como veis, es cobrar mi dinero.

— Pero ¿cómo os gobernais si no hay ni un solo barco?

— ¡Bah! dijo el rey, apostaria á que vos me buscais uno, si...

— Mirad, dijo ella, bien conozco que sois un buen hombre y que os corre prisa pasar el río. Mirad, voy á haceros acompañar por mi hijo. En la otra orilla del río tiene él un amigo pescador con su barco amarrado cerca de su casa. Haciéndole una seña él vendria á buscaros. Id con Dios y él mismo os saque en paz del embarazo en que os veo metido.

El rey dió gracias á la mujer. ¿Le habia ella conocido tambien? Esto es lo que él no supo jamás, pero subiendo con su hijo en el carro, se dirigió el rey á orillas del Nogat.

Allí el jóven hizo seña , y saliendo de su casa el pescador atravesó el rio.

El rey entró en el barco con uno de los hombres que le acompañaban, dejando al otro con el carro y prometiéndole que le enviaria á su compañero.

Habiendo llegado al otro lado del rio , el rey levantó las manos al cielo ; ya estaba fuera de peligro.

Entonces despidió á su sznapan ; le dió una carta para el embajador , en la que prevenia á Mr. de Monti que diese á los tres hombres la recompensa prometida, en vista de que el rey habia llegado sano y salvo al otro lado del Nogat.

En seguida , dirigiéndose á un lugar llamado Bialagosa , compró el rey otro corruaje con dos caballos.

En aquella misma noche y con el mismo carruaje, Estanislao fuera ya de todo peligro entró en Marienwender.

Por lo que hace á los franceses que quedaron en Dantzick , se tuvo en consideracion su valor el dia en que se rindió la ciudad. Las cortes de Viena y de Rusia expidieron órdenes para que no se les tratase como á prisioneros de guerra, sino como á extranjeros libres y auxiliares. Fuese verdadera admiracion de aquella espléndida locura , fuese porque la czarina y el emperador no quisiesen enemistarse con el gabinete de Versalles , estos dos principes hicieron mil galanterias á los oficiales ; la czarina en particular envió á todos ellos un vestido completo de paño ruso , trabajado , bordado y cortado en Rusia.

Así acabó la expedicion tan fatal al rey Estanislao Leczinski. En ella se derramó la mas noble sangre polonesa , que parece que de un siglo á esta parte no pide mas que correr en todos los campos de batalla de la Europa.

Estanislao Poniatowski le descargó el último golpe haciéndose cómplice de Catalina , y subiendo al trono á su vez treinta años despues.

Los cañonazos de Dantzick habian inflamado á toda la Europa.

Los rusos y los imperiales acababan de hacer una afrenta á las armas francesas : no era posible alcanzar á los rusos atrincherados detrás de los rios Volga y Niemen , pero se podia atacar al Austria en Alemania y en Italia.

La España , nuestra hermana , nos tendia la mano. Habia desaparecido hasta el menor vestigio de resentimiento entre Felipe V y Luis XV. El nacimiento de dos principes habia puesto fuera de todo derecho á la casa de Orleans , y habia privado al nieto de Luis XIV de toda posibilidad de continuar soñando con la reunion de los dos reinos.

Por otra parte , la España , del mismo modo que la Francia , estaba interesada en el abatimiento de la casa de Austria. ¿No tenia que reclamar en Italia los estados de Nápoles y de Parma ?

Hé aquí el plan de campaña que se concertó.

Un ejército debia atravesar la Lorena , los tres obispados y pondria sitio á Filisburgo , que es la llave de la Alemania.

Tomada esta plaza , se penetraria en el centro de la Suavia , y atravesando la Alemania se iria á dar la mano á la Polonia.

Otro ejército atravesaria los Alpes con ayuda de los piamonteses , nuestros aliados , y marcharia sobre Milan ; entretanto que un cuerpo de tropas españolas entrando en la península por el otro extremo , desembarcaria en Nápoles y marcharia del Este al Oeste ; al paso mismo que nosotros iríamos del Oeste al Este.

Los generales en jefe de estos dos ejércitos, eran el duque de Berwick para el de Alemania, y el mariscal de Villars para el de Italia.

El duque de Berwick, Santiago Fit-James, era hijo natural de Jacobo II, y de Arabela Churchill, hermana del duque de Malboroug. Nació el 21 de agosto de 1670. A la edad de siete años fué enviado á Francia, y criado en Juilly-au-Plessis y en la Fleche; haciendo sus primeras campañas en Hungría. En 1703 se naturalizó francés: habia mandado en España en 1704, y en 1706 fué nombrado mariscal de Francia: se batió sucesivamente en España, en Flandes y en el Rbin. La paz le dejó descansar en 1719, y la guerra le volvió á llamar en 1734. Tenia entonces sesenta y cuatro años. Era un hombre infatigable, intrépido y sereno.

El mariscal de Villars tenia mas de ochenta años en la época á que hemos llegado; á pesar de su avanzada edad era siempre el mismo hombre, y el peso de sus ochenta y un años no habia disminuido lo mas mínimo la exaltacion de su orgullo y la ligereza de su carácter.

A las órdenes de Berwick, debian servir los generales Carlos Luis Augusto Fouquet, conde de Belle-Isle, nieto del famoso superintendente de rentas, de cuya enorme fortuna y profunda desgracia hemos hablado en la historia de Luis XIV.

Tambien habia experimentado él aquellos caprichos de la suerte que fueron peculiares de su raza. Nombrado mariscal de campo en tiempo de la regencia, hizo en España la guerra de familia. Envuelto en la desgracia de Leblanc, fué encerrado con él en la Bastilla, bajo el ministerio del señor duque, y no salió de allí sino para ir desterrado á sus posesiones. En fin, en 1732 fué nombrado teniente general y promovido al

mando de uno de los cuatro campos de recreo que se formaron el mismo año.

Adriano Mauricio de Noailles, que nació en 1678. Mas de una vez nos hemos encontrado ya con él bajo el nombre de duque de Agen que usaba en su juventud. Fué porta-estandarte del regimiento de caballeria del mariscal de Noailles; obtuvo una compañía en 1693, y fué ascendido á segundo comandante de una brigada de caballeria en 1695; en 1702 ascendió á brigadier de los ejércitos del rey, en 1704 á mariscal de campo, y poco despues á teniente general.

Claudio Francisco Bidal, caballero de Asfeld. Primeramente maestre de campo de un regimiento de dragones, despues brigadier de los ejércitos del rey en 1694, en 1702 ascendió á mariscal de campo y en 1704 á teniente general.

En fin, Mauricio, conde de Sajonia, jóven de treinta y ocho años, de quien hemos hablado con motivo de la muerte de la señorita Adriana Lecouvreur; héroe de raza bastarda como Dumois y Berwick; hijo de Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia que acababa de morir, y de Aurora de Kœnismark; Mauricio de Sajonia, que á los doce años hallándose en la batalla de Tournay le mataron el caballo y le atravesaron el sombrero de un balazo; que en la batalla de Malplaque, esto es, cuando tenia trece años, conservó la serenidad de un hombre en medio de la mas espantosa carnicería de que hacen mencion los anales del siglo; que á los diez y seis años, en fin, sorprendido improvisadamente en la aldea de Traknilz, hizo á la cabeza de un puñado de soldados una defensa tan vigorosa que todos los historiadores la comparaban á la de Carlos XII en Bender.

Desde esta época, se habia encontrado el conde de

Sajonia en cuantas partes le proporcionó la suerte de sacar la espada; en Shalsund, en Belgrado, en Mittau. En fin, habiéndose declarado la guerra contra el Austria, pasó el conde de Sajonia al ejército del Rhin en clase de mariscal de campo.

Cinco príncipes de la sangre llevaban con él las armas. El conde de Charolais, el príncipe de Conti, el príncipe de Dombes, el conde de Eu y el conde de Clermont.

Los generales que debían servir á las órdenes de Mr. de Villars eran:

El rey Carlos Manuel, nacido en Turin el 27 de abril de 1701, reconocido rey de Cerdeña y duque de Saboya después de la abdicación de su padre Víctor Amadeo II.

Francisco, duque de Broglie, nacido el 11 de enero de 1671, porta-estandarte en el regimiento de coraceros en 1687, capitán en 1690, maestro de campo en 1693, brigadier en 1702, mariscal de campo en 1704, inspector general de caballería en 1707, y en fin, teniente general en 1710.

En fin, Francisco de Franquetot, duque de Coigny, que, habiendo nacido el 16 de marzo de 1670, ganó sus grados uno por uno, desde el de porta-estandarte hasta el de teniente general.

Los dos generales imperiales eran:

El príncipe Eugenio, general en jefe del ejército de Alemania, y el general de Mercy, general en jefe del ejército de Italia.

Conocemos al famoso príncipe Eugenio, que es siempre el vencedor de Ceuta, de Hosched, de Audenarde, de Malplaquet, de Peterwaradin, el hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini.

En cuanto á Fernando Carlos de Mercy, nacido en

1666, voluntario en la defensa de Viena, sitiada por los turcos, teniente en un regimiento de coraceros, mayor en seguida, feld-mayor general después, y por último, nombrado comandante general de la Sicilia en 1719, era, á pesar de sus sesenta y ocho años, un general de sorpresa, de aparición súbita, de marchas y contra-marchas.

Vamos á seguir esta doble invasión en todos sus pormenores, señalando los hechos principales, cuyos resultados mostraremos.

Por el Norte se verificó la invasión de la Lorena sin disparar un tiro; el ducado de Bar recibe guarnición: se establece el sitio de Filisburgo; muere el duque de Berwick de un cañonazo en el pecho; continúa el sitio por Asfeld, Noailles, y en particular por Mr. de Belle-Isle; después de treinta y dos días de trinchera abierta, se toma la ciudad á la vista del príncipe Eugenio.

Por la parte del Mediodía, el ejército franco-piamontés atraviesa el Pó, maniobra atrevidamente sin encontrar mas obstáculos que el orgullo y el mal humor de Villars, constantemente en oposición con el atrevimiento, actividad y decisión del rey Carlos Manuel; felizmente el mariscal enferma con calenturas y muere.

De este modo, los dos ejércitos franceses pierden al principiar la campaña y casi al mismo tiempo, sus dos generales en jefe, generales que han envejecido mas en veinte años de paz que en cuarenta de guerra, que no están ya en armonía con los elementos guerreros que tienen que mover, y que desaparecen para dejar el puesto á las nuevas tácticas que van á reemplazar á las viejas teorías.

La muerte de Berwick y de Villars, es el advenimiento del caballero de Follard y del conde de Sajonia.

El mando del ejército de Italia cae, pues, en manos



de Broglio y de Coigny, así como el del Norte recayó en Asfeld y en Noailles.

En suma, los imperiales se retiraron precipitadamente hasta Parma; allí solamente encontraron la posición que convenia á su general en jefe para esperar al enemigo.

No solamente los imperiales nos esperan en Parma, sino que de la retirada pasan á la ofensiva, se despliegan con un órden admirable, nos atacan en columnas compactas y grandes masas, obligan á retirarse á los regimientos de Berri y de Auvernia, que de la retirada pasan á la derrota, cuando de repente cae muerto de un balazo el conde de Mercy. Al inmenso clamor que produce esta noticia entre sus filas, se detienen los imperiales, y Mr. de Coigny se aprovecha con admirable sagacidad de este momento de vacilacion, mandando una carga cerrada por regimientos formados en columna, segun el método del caballero Follard. Los imperiales que atacaban se ven atacados á su vez. Los regimientos franceses abren una inmensa brecha en su centro: se separan, se dispersan y ponen en fuga, dejando 8,000 hombres en el campo de batalla.

Luis XV supo, con el intervalo de diez y nueve dias, la toma de Filisburgo y la batalla de Parma: Asfeld, Noailles, Broglio y Coigny, fueron nombrados mariscales de Francia.

Hemos visto lo que pasaba en Filisburgo y en Parma; veamos lo que pasaba en Nápoles.

El infante don Carlos desembarcó el 29 de marzo; Nápoles le abrió las puertas sin resistencia: el 40 de mayo hizo su entrada en la capital, y cesionario de todos los derechos del rey su padre sobre el reino de las Dos Sicilias, recibe en su propio nombre el homenaje de todas las clases del Estado.

El 25 del mismo mes, los imperiales mandados por el general Visconti, se vieron forzados en sus atrinchamientos de Bitonto. El 15 de junio, una escuadra de diez y seis galeras, mitad francesa y mitad española, condujo al nuevo rey un refuerzo de diez y ocho batallones y dos mil y quinientos caballos, con los cuales puso sitio don Carlos á Gaeta, que se rindió el 6 de agosto.

Entonces pasaron el estrecho diez y ocho mil hombres para someter á don Carlos la Sicilia. Los imperiales abandonaron todas las plazas. En el continente las plazas de Capua, y en Sicilia, Mesina y Siracusa son las únicas que se mantienen por el imperio.

En cinco meses, todo el territorio de las Dos Sicilias quedó en poder de los españoles, y el emperador pierde el reino de Nápoles por haber querido hacer un rey de Polonia.

Los imperiales al mismo tiempo adquirieron una pequeña ventaja, en una sorpresa que hicieron de noche, en que el mariscal Broglio, perezoso y dormilon, se vió obligado á huir con los calzones en la mano.

Pero, el 19 de setiembre, el mismo mariscal Broglio se desquitó en Guastala, que fué una segunda batalla de Parma.

A fines de junio de 1735 se reunieron los españoles á los franceses y piemonteses. Los imperiales fueron casi enteramente lanzados de la Lombardia, y poseíamos toda la parte alta y baja del Mantuano.

Mantua queda por el emperador.

En Alemania nos encontramos á las puertas de Manguncia, y aunque el príncipe Eugenio estaba acampado entre Heidelberg y Brucksall, forrajeábamos en todo el Palatinado.

Las ventajas de las dos campañas de 1734 y 1735 fueron enteramente nuestras.